

Luna de sangre sobre Patascoy: "Bienvenidos al infierno"¹

Carlos Fernando Álvarez C.
Periodista colombiano

El dolor cuando es subterráneo, oculto, constante, genera cambios físicos irreversibles. Para el profesor Gustavo Moncayo su encanecida cabeza refleja la interminable espera de casi 12 años, y contando, para la liberación de su hijo, el cabo y hoy sargento Pablo Emilio, secuestrado por las Farc en el ataque al cerro de comunicaciones de Patascoy, el 21 de diciembre de 1997.

Esas canas y arrugas son “decorado”, como él reconoce con una sonrisa, porque no le impiden caminar por carreteras principales y trochas a lo largo y ancho de Colombia, llegar hasta Venezuela y de nuevo, desde su natal Sandoná, en Nariño, pasar por Bogotá, encontrarse con el Presidente Uribe, o después embarcarse en lancha para recorrer las tripas del país, por el Magdalena, buscando firmas para un referendo que obligue al Estado a realizar un intercambio humanitario.

Su tarea, la de caminar, ha sido reconocida con el mote de “Caminante por la paz”, pero también amenazada, al ser tildado de “guerrillero”, o incluso ridiculizada en un afamado canal de televisión. Sucede que en la sección de farándula del noticiero se hacía el lanzamiento de una novela, y un obrero le dice al otro que uno de sus compañeros es un “Moncayo”.

¿Cómo así? –le pregunta.

Sí, camina, camina y no hace nada –responde y ríen del dolor ajeno.

Fue en enero de 2005 cuando lo conocí en el II Seminario Internacional de Víctimas del Terrorismo que se llevó a cabo en Bogotá. Pidió la palabra y se enfrentó, con argumentos, al Presidente Uribe y a su negativa de hacer el intercambio de guerrilleros presos por los soldados y políticos secuestrados.

El presidente Uribe expresó sus razones, y Moncayo, decidido, dijo: “como no son sus hijos, entonces no hace el intercambio”. Ahí fue Troya y gente de civil, pero con corte de pelo al ras, se abalanzó sobre su humanidad. De inmediato, el Presidente pidió respeto para el profesor y reiteró sus tesis.

1 Capítulo del libro *Hechos con Radionet*, próximo a salir a librerías y que reconstruye una década de hechos macondianos, reales y difíciles de asimilar, transmitidos a través de la única cadena radial de noticias 24 horas que operó en Colombia.

Los ex presidentes Alfonso López Michelsen (fallecido) y Ernesto Samper escuchaban el cruce de palabras en la mesa principal.

Luego lo contacté por teléfono, cuando a raíz de la película *Karma*, su director, Orlando Pardo, nos llamó a un grupo de periodistas con el fin de elaborar un libro que le diera otro tratamiento a ese drama sin fin. Al final el libro vio la luz y se tituló *Crónicas de secuestro. Periodistas colombianos*. En sus páginas se encuentra la historia de los Moncayo y de los Martínez, por Libio José, su compañero de armas y de cautiverio.

Para hacerla me desplazé a Sandoná y viví, en medio de una de las acciones del Galeras, una erupción de emotividad al ver al “profe”. Vi a su esposa Stella y a sus hijas llorar al leer las cartas de supervivencia que les envió un hombre de 21 años y su evolución hasta los 26, cuando dejaron de tener noticias escritas suyas. Dos videos, uno de 2008 y uno de 2009, son las últimas pruebas. Hoy ya es un hombre de 32 años y que está cambiado, según dijo su padre cuando vio el último video. Toda su juventud secuestrada en la selva.

Esa madrugada del 21 de diciembre de 1997, un comando de la guerrilla atacó la base de comunicaciones del Ejército sobre el cerro de Patascoy, en el departamento de Nariño, a más de 4.200 metros de altura sobre el nivel del mar. El resultado fue 10 soldados muertos, cuatro heridos y 18 secuestrados.

La toma estaba anunciada, como el propio Pablo Emilio lo contó a sus padres días antes vía microondas: se sabía que la guerrilla iba a atacar alguno de los tres cerros, el de Buesaco, Cruz de Amarillo o Patascoy de Santa Lucía, donde finalmente ocurrió a las 2 y 10 minutos de la madrugada. El sitio es tan inaccesible que hubo que llamar a escaladores profesionales con el fin de recuperar los cuerpos de dos soldados que, durante la huida, cayeron al precipicio.

Los Moncayo y los Martínez se enteraron hasta esa noche de lo sucedido y de inmediato se dirigieron a la sede del batallón Batalla de Boyacá, en Pasto, para buscar respuesta a lo sucedido y que les entregaran los cuerpos de sus familiares.

Doña Stella Cabrera, madre de Pablo Emilio, recuerda que la consternación en Sandoná fue total y que, “hasta la señora de la funeraria comenzó a preparar la sala de la casa donde vivían para la velación, porque para ellos Pablo y Libio José estaban muertos”.

Gustavo recordó, además, cómo todos los padres de los soldados duraron dos días frente a las instalaciones del batallón sin recibir noticia alguna y cómo el corazón se salía del pecho cada vez que aterrizaba un helicóptero.

Su tarea, la de caminar, ha sido reconocida con el mote de “Caminante por la paz”, pero también amenazada, al ser tildado de “guerrillero”, o incluso ridiculizada en un afamado canal de televisión.

El desespero era total. Nos llevaron hasta sicóloga y lo único que queríamos era que nos dieran a nuestros hijos hubiesen quedado como hubiesen quedado. Recuerdo que un oficial afirmó que lo iban a hacer, pero los estaban “arreglando” y así el golpe sería menor a lo que ya era. La incertidumbre era total y con los papás queríamos subir al cerro, a pesar de los peligros, de la neblina, del precipicio y de los combates que continuaban. Es más, a los helicópteros aún les disparaban desde la montaña. Después fue la lectura de la lista de muertos y heridos, donde terminaba la pesadilla para algunos y comenzaba para otros de nosotros. Pablo no estaba en la lista. Y así llegó Navidad en medio de ese drama, sin saber qué había pasado con los 18 soldados restantes. Tres meses después se confirmó el secuestro (Moncayo, 2009)

Era precisamente el 20 de diciembre de 1997 y estando de vacaciones frente al mar, una noche aprecié que la luna llena se veía extraña: estaba roja. Esa “luna de sangre” significaba la premonición de una tragedia, como lo creen nuestros indígenas barasanos, u otras culturas mundiales, como los gitanos, o más allá, los pueblos nórdicos:

El Sol y La luna también vieron sus cursos regulados, porque son los mayores discos de fuego y salieron de Muspelheim, y para que los caminos de los cielos pudieran soportarlos los dioses hicieron que los herreros elfos, los hijos de Ivalde y los parientes de Sindre, construyeran carros de oro fino. Mundilfore, que cuida del molino del mundo, envidiaba a su rival Odín. Tenía dos bellos hijos, uno llamado Mani (luna) y el otro Sol. Los dioses se llenaron de ira por la presunción de Mundilfore, y para castigarle le quitaron a sus dos hijos de los que él presumía sobradamente, para conducir los carros del cielo y contar los años para los hombres. Al bello Sol mandaron para conducir el carro del Sol. Sus corceles son Arvak, que es “el pronto amanecer”, y Aldsvið, que significa “calor abrasador”. Bajo su cruz estaban colocadas pieles de aire helado para enfriarlo y refrescarlo. Entran en el cielo del Este por la puerta de Hela, a través de la cual pasan las almas de los hombres muertos al mundo del más allá.

Entonces los dioses colocan a Mani, el apuesto joven, para conducir el carro de la Luna (...) Bajo la custodia de Mani están un montón de cuernos que se usan para perforar a los malhechores entre los hombres para que éstos así sufran el castigo por sus males. El sol está en constante movimiento, y también lo está la Luna. Son perseguidos por enemigos sedientos de sangre, que buscan conseguir su destrucción antes de que alcancen los bosques de Varns que les dan cobijo, tras los horizontes del Oeste. Estos son dos fieros lobos gigantes. El que tiene por nombre Skoll, “el seguidor”, persigue al Sol, al que un día devorará; el otro es Hati, “el odiador”, que corre delante de “la brillante doncella del cielo”, en incesante persecución de la Luna.

De los lobos, el más terrible es Hati, que también se llama Managarm, “el devorador de la luna”. Se alimenta de la sangre de hombres muertos. Los adivinos han predicho que cuando venga a devorar al mundo, *los cielos y la tierra se volverán rojos de sangre*. Luego, también, deben los asientos de los poderosos dioses enrojecerse con la sangre y el brillo del sol del verano palidecerá, mientras grandes tormentas estallarán con furia para asolar todo el mundo. Una y otra vez, en temidos eclipses, habrían tragado el Sol y la Luna estos lobos gigantes, de no haber sido porque sus malignos designios han sido frustrados por los hechizos que han sido forjados contra ellos, y el clamor de hombres aterrorizados (las cursivas son nuestras)²

Desde entonces comenzó el calvario para las familias de los 18 secuestrados, 16 de los cuales fueron liberados después en el primer proceso de canje de soldados plagiados, por guerrilleros presos del gobierno de Andrés Pastrana, en 2001. Secuestrados permanecen Pablo Emilio y Libio José, porque eran cabos y hoy, con un ascenso sin libertad, son sargentos.

Volví a contactar a Moncayo para este libro. Con sus canas, sus arrugas, y sus ojos infatigables, con las cadenas alrededor de sus manos y que lleva a todas partes, aún confía en ver a Pablo Emilio, a su “negrito”, como le dice.

Recordó que el “bienvenidos al infierno” era el letrero que los mismos soldados pintaron en las paredes de la base de comunicaciones del cerro de Patascoy, sin presentir siquiera, que una madrugada el Averno se volvería realidad con el ataque guerrillero, la destrucción total de la base, la muerte y el secuestro.

C.F.A.C. Don Gustavo, ¿usted ha tenido premoniciones sobre Pablo? Lo digo por el momento anterior al ataque y al secuestro o por si ha presentado el desenlace de esta pesadilla...

G.M. Todos, como integrantes de una sociedad, de una cultura, nos conmovemos y afectamos de diversa manera por los acontecimientos y el grado de impacto que ellos tienen en nosotros.

Pero esta vez siento una tranquilidad pasmosa; no es normal en mí, que soy inquieto, qué me impulsó. En esta ocasión, estamos saboreando la dicha, la alegría del retorno, a raíz de los últimos sucesos y de los agradecimientos que sólo tenemos para quienes nos han ayudado, como la senadora Piedad Córdoba. Estamos saboreando con toda mi familia esa calma, como presintiendo que todo va a acabar pronto, porque es la primera vez que estamos tan cerca. Mi ánimo está tranquilo y nunca lo había sentido así a lo largo de todo este tiempo. Además, ese es el camino familiar y tan íntimo nuestro.

2 En <http://www.temakel.com/mescandinavo.htm>

C.F.A.C. ¿Ha soñado con Pablo en todo este tiempo?

G.M. No, no he tenido sueños con él, de ningún tipo. Mal haría en decir que sí. Recordar a veces lo que sueño es un poco complicado. Son imágenes que llegan a cada minuto, cada segundo, pero despierto.

Más bien sueño con el día en que todos los secuestrados recobren la libertad y sus vidas, que podamos construir al país y salir adelante con todos los colombianos.

C.F.A.C. Usted es un hombre religioso. ¿Cómo es su contacto con Dios?

G.M. Es muy particular, porque puedo hablarle. A cada minuto entablo conversación con ese Ser Superior en el que creo. Yo hago meditación trascendental, oxígeno mi espíritu y tomo y envío energía positiva para Stella, las niñas y mis nietos, y claro, para Pablo Emilio. Es una forma personal, pero muy directa.

C.F.A.C. ¿Usted es supersticioso?

G.M. Venimos de pueblos y de sociedades que sí lo son. Tenemos unas raíces, unos afectos indígenas que tenían esa cultura y de pronto en cada uno de nuestros hogares eso se ha ido perdiendo, pero aún se habla mucho de los elementos, de los fenómenos naturales, de la naturaleza, de los astros. Tal vez esa sea mi superstición si así se puede llamar.

C.F.A.C. Le pregunto porque muchos de los familiares de las personas secuestradas han perdido la fe y la enfocan hacia otras manifestaciones como brujos, santeros, hechiceros. ¿Ha estado tentado?

G.M. Yo tengo una fe muy grande en un Ser Superior y no en lo que hacen los hombres. No tendría sentido la humanidad. Tengo una formación en valores muy arraigada en la cultura occidental. Así que es difícil llegar a eso porque no sería yo. Son elementos que podrían contribuir a ayudar, pero no son la solución que buscamos en este caso. Lo místico es para que los mensajes lleguen, nada más. Que son pensamientos buenos y energía y contribuyen a mejorar ese convivir. Cada quien ve la vida como la quiere ver. Yo cumplo años a finales de noviembre y lo hago con alegría, con un pensamiento bien futurista y de cambio, en familia, trabajando por Pablo, pero nada más.

C.F.A.C. ¿Cómo hace para vivir en medio de tanta muerte y cómo soporta esa muerte diaria de no tener a Pablo?

G.M. Soy muy humano y tengo una formación muy amorosa y cariñosa de mi mamá, que tenía sentimientos enormes por la humanidad. Por esa educación no me puedo quedar callado ante las injusticias. Si un carro pasa a toda velocidad y está a punto de agredir a alguien, yo le grito. Por ser así, es difícil quedarse callado ante lo que sucede.

Así se lo digo al pueblo colombiano y a mis estudiantes que no se queden callados ante las injusticias, que las denuncien. Esos son los sueños que todos podemos construir.

La vocería posee genialidad, posee poder y es mágica. Así se cumplen los sueños y por eso invito a mis estudiantes, a los niños, a las niñas a ser ejemplos diarios de lucha constante, de cambio.

C.F.A.C. ¿Qué le va a decir a Pablo cuando lo tenga frente suyo?

G.M. No hay palabras. Son muchos años. La emoción cortará las oraciones.

El encuentro de madre e hijo es la ratificación del cordón umbilical, pero los papás, si hemos sido responsables, también tenemos una conexión especial con nuestros hijos. Es un sentimiento profundo e inexplicable. Es la paternidad como tal y así la viviremos.

C.F.A.C. Cuando todo finalice, ¿qué piensa decirle al presidente Uribe?

G.M. Que construyamos la paz y la libertad de los colombianos, un país libre, que podamos decir: ¡bienvenida la independencia de Colombia!

C.F.A.C. ¿Como ve y pronostica el futuro de Colombia?

G.M. (Risas) Eso es muy complicado, no hay bola mágica. Hay que hacer un análisis detallado de las formas de gobierno y de toda la sociedad, pero eso es para otro escenario. Por ahora, lo importante es la libertad de todos los secuestrados...

Ya no hay políticos, estadounidenses ni Ingrid secuestrados para que se presione la libertad de los que quedan. Ya nadie habla de ellos, salvo algunas campañas esporádicas en medios de comunicación, o los 10 a 15 familiares que llegan religiosamente cada semana a la Plaza de Bolívar, megáfono en mano, a exigir alguna respuesta del Gobierno. Se ha probado de todo, hasta quiromancia, sólo falta que se produzcan las liberaciones.

Los soldados secuestrados son seres anónimos, héroes que esperan de nuevo el paso de la fortuna. **hU**